

Memoria y fractura social en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez

Adelso L. Yáñez Leal
University of Otago
Nueva Zelanda

Luis Mora-Ballesteros
The City University of New York
USA

Introducción

El ruido de las cosas al caer (2011), al igual que *Rosario Tijeras* (2000), *La Virgen de los sicarios* (2015), y *Leopardo al sol* (2004), es una obra de ficción que recrea la complejidad de una Colombia inmersa en una guerra de carteles y bandas criminales. Sus relatos despliegan un conjunto de historias sobre estos problemas sociales que han impactado a la sociedad colombiana durante más de tres décadas. Hablamos de unas narraciones generacionales atravesadas por un conflicto relativo al mundo criminal que ha asolado a la nación entera, el cual está expresado en los textos mencionados. Por ello aludiremos en lo sucesivo a algunos pasajes para ampliar tanto la visión de los narradores como la del crítico-lector.

Por otra parte, es lícito advertir que el asunto del narcotráfico es un *topos* literario que alude a una subcultura «que se basa principalmente en la imagen, ampliamente difundida por los medios de masa: publicidad, televisión, cine. Es una realidad reflejada en la novela» (Bouvet, 10). De hecho, este tema literario tiene una relevancia excepcional aun después de la desaparición física de Pablo Escobar y de otras acciones de redes delictivas. Lo han inspirado también figuras como el narcotraficante mexicano Joaquín Guzmán Loera, preso en una cárcel norteamericana y conocido como el «Chapo» Guzmán, o su compatriota, ya fallecido, Amado Carrillo, apodado el Señor de los Cielos, entre otros jefes de los carteles que forman parte del imaginario popular.

Es precisamente sobre esta línea temática, sobre esta subcultura del narcotráfico y del asesinato por encargo o sicariato que trata este artículo, el cual se enfoca de forma específica en *El ruido de las cosas al caer* del colombiano Juan Gabriel Vásquez. Vale decir que para este tipo de literatura se ha acuñado el término *sicaresca*, inicialmente usado por el escritor Héctor Abad Faciolince para referirse al género literario que trata el tema del asesinato por encargo y su entorno (Bouvet, 2). Los objetivos trazados y que sirven de base

a la estructura de este texto corresponden a la construcción de un análisis de las características de la memoria en la novela *El ruido de las cosas al caer*, el establecimiento de algunos vínculos entre esta novela y la narrativa de la sicaresca colombiana y la caracterización del trauma experimentado por algunos de sus personajes.

a. Los escenarios y los personajes de las novelas de la *sicaresca*

En el caso de *El ruido de las cosas al caer* podemos afirmar que esta se relaciona con el subgénero narrativo por sus trazos relacionados con la representación de a) personajes que emergen de situaciones traumáticas, b) personajes principales y secundarios con sus historias de vida dramática, y, c) un conjunto de descripciones históricas, económicas y sociales que aspiran a representar la violencia directamente relacionada con los carteles de la droga. Aunque las novelas sobre el narcotráfico tienen como escenario un mundo católico, en el que toda mujer ejerce un rol tradicional —entiéndase por esto la realización de los deberes domésticos y religiosos tales como la crianza de hijos y la encomienda a la oración; una especie de encargo de sus vástagos a arcángeles y santos a los que profesan su fe y ferviente devoción—, es lícito afirmar que en el caso de *Rosario Tijeras* el lector se enfrenta con la «sicaria de las comunas, novia de Emilio, no obstante, a quien el narrador ama y desea en silencio» (Garavito, 41).¹

b. La función de la memoria en los textos de la *sicaresca*

Un primer esbozo que va en sintonía con el propósito estético de aquellos textos relacionados con la memoria y la reconstrucción de historias dolorosas, se hallan en la ambientación y escenarios de vida que tienen lugar en la narración. Por ende, el lector atento podrá observar que los imaginarios ficcionales manifiestos en las diégesis o desarrollo narrativo de los hechos de *Rosario Tijeras* ambientan la vida de unos ciudadanos que experimentan el horror del narcoterrorismo, al tiempo que revelan, asimismo, la actuación de un sector cómplice y el sentimiento de resignación de todo un pueblo ante la

¹ De ahí que sea posible argüir sobre una diégesis que trastoca, a través de un sujeto femenino, los moldes ficcionales del delincuente. Es decir, el mundo del narco como institución masculina suele otorgar protagonismo del hecho criminal al hombre. Por su parte, la novela de Jorge Franco *resemantiza* el poder masculino y se lo atribuye a la mujer. El trauma es también tópico en *Rosario Tijeras*, cuya infancia plagada de abusos físicos y psicológicos la convirtieron en una asesina letal. Los personajes como ella van a poblar el imaginario colombiano dado a que dicho flagelo se ha extendido al territorio nacional. En tal sentido, sostenemos que los espacios recreados en estas novelas no forman un compendio de lugares comunes, sino un ensamble de ciudades con sus rasgos propios asociados al delito, entre las que destaca Medellín, la urbe más violenta de América Latina, tal como la describe Brigitte Adriaensen (47) al decir que «es considerada como el lugar donde la muerte sale triunfando, arrasando cualquier rastro de vida a su paso».

presencia del crimen. Cabe destacar, no obstante, que la reacción de los ciudadanos no es tan homogénea, pues, en el caso de la ficción de Vásquez: «Colombia produce escapados» (*El ruido...*, 254). Un enunciado que parece hacer inferir la gran diáspora que surgió como consecuencia de la criminalidad en la nación colombiana. Además, en el entramado narrativo de las ficciones de la sicaresca hay también lugar para sujetos receptores y copartícipes del tráfico de estupefacientes en Estados Unidos. Esto apunta a la participación de empresarios, políticos y funcionarios del Estado.

A diferencia de los demás textos citados, *El ruido de las cosas al caer* recupera la experiencia de las víctimas del narcotráfico. Efectivamente, en esta novela se evidencia un relato fundado en la remembranza permanente del miedo que elabora Vásquez. La ficción, que bien podría catalogarse de entrada como una novela perteneciente al género de suspenso, traza, de forma simbólica-espacial, los desplazamientos físicos de dos personajes centrales por un escenario de extrema tensión narrativa. Los ubica en una urbe violenta, clandestina, sombría e incivil, representada bajo el signo del poder tras bastidores de un negocio lucrativo.

El hecho más importante sobre el que se sustenta *El ruido de las cosas al caer* es la violenta muerte de Ricardo Laverde a manos de un sicario motorizado. Su conocido y narrador-personaje de la novela, Antonio Yammara, presencia el acto pues en ese momento acompaña a Ricardo por una calle. El asesino dispara la bala que ha de matar a Ricardo; Antonio sobrevive, aunque no indemne, pues la cercanía con la trágica y violenta muerte de su acompañante le resulta en graves heridas y harán de él un ser que a lo largo de meses vivirá bajo la sombra del accionar de una memoria orientada por el trauma, la ansiedad y el miedo. El insomnio y la nictofobia se adueñan de sus noches, se convertirá en un ser arisco, lo que deteriorará la relación con todo su entorno y lo sumirá en un pesar del que pareciera nada lo ayuda a recuperarse.

Antes del asesinato, Laverde le había confesado a Yammara que era casado, no obstante, tenía veinte años sin ver a su mujer; una estadounidense que había venido a Colombia como integrante de una misión humanitaria años atrás, de nombre Elaine Fritts. La prolongada separación de la pareja se ha producido, según el mismo Laverde, por grandes equivocaciones de su parte, equivocaciones que parecen indicar vínculos con el

crimen y una tortuosa estadía en prisión. Pero no todo parece perdido pues Laverde cuenta que Elaine vendrá a visitarlo desde Norteamérica.

Después de esto los personajes pierden contacto durante un largo periodo. Se vuelven a encontrar en medio de la conmoción general que ha causado la noticia de la caída de un avión comercial proveniente de Miami. Laverde ruega desesperadamente a su conocido que oiga un casete que está en su poder. Este accede y se trasladan al sitio adecuado para hacerlo. Luego del hecho, ya en la calle, y entre sollozos, Laverde revela que Elaine se cuenta dentro de las víctimas de la catástrofe aérea y es justo el momento en el que se oye el disparo que acaba con su vida.

En rigor, en la novela, Antonio Yammara y Ricardo Laverde —académico, el primero y piloto el segundo— son dos personajes cuyos diseños parecen haber sido creados el uno sobre una copia al carbón del otro, a raíz del cruce de destinos que se dan cita y suponen una aparente novela de detectives, razón por la cual sus vidas semejan solaparse a lo largo de la diégesis. Las acciones de Valverde tienen efectos notables y consecuencias gravísimas en Yammara, lo cual pasa también —en menor medida— en dirección contraria. De esta manera el narrador organiza un material narrativo cuya secuencialidad episódica dibuja una arqueología textual congruente en uso de artificios narrativos que sustentan el desarrollo de una aparente acción detectivesca. De tal forma que el devenir del relato engaña al lector que acude a la necesidad y probidad de cada uno esos hechos ficcionales que se dan cita en el texto. En su haber, estos tienen varias piezas que conforman un gran rompecabezas. En la elaboración de la ficción, memoria y rememoración juegan roles trascendentes.

En correspondencia con esta idea, cabe suponer la existencia de algunos elementos dignos de destacar en *El ruido...* Veamos, pues, a continuación, los materiales narrativos empleados por el autor.

1. *La fractura en El ruido de las cosas al caer*

Desde el primer contacto con la novela, el lector descubre un tono testimonial. No tarda en confirmar un registro en primera persona cuyos trazos hacen evidente el horizonte narrado por una voz culta. La intencionalidad de este informante-narrador (Yammara) apunta en la dirección de quien busca dar detalles sobre los acontecimientos de una ciudad. Los topónimos que se emplean remiten a la Bogotá de finales de los años noventa. La voz usa

como material primario un evento mediático que acaparara la opinión pública: la peligrosa desaparición de un hipopótamo que había escapado de la hacienda Nápoles, ubicada a medio camino entre Medellín y Bogotá, propiedad de Pablo Escobar y sitio de reuniones del más importante cartel de la droga del siglo pasado, el de Medellín. Cabe destacar que este es uno de los tantos exóticos animales que se convirtieron en símbolo de ostentación de la cultura del narcotraficante. El evento traduce el posible fin de uno de los emblemas personales de quien fuera el hombre más poderoso de Colombia en los años ochenta y noventa del siglo XX: Pablo Escobar Gaviria. Este es el motivo *sui generis* de una novela que simula reparar en este asunto de gran magnitud. En tal sentido, tanto las excentricidades como el accionar festivo del capo clandestino copaban la escena de la farándula y eran comentados *vox populi* en esa época.

En *El ruido de las cosas al caer*, la voz central lleva a cabo una especie de introspección que permite ver, en efecto, el sufrimiento personal producto de experiencias traumáticas del pasado que involucran la separación y el aislamiento del entorno afectivo. Sin embargo, también veremos cómo la isotopía —este recurso que permite agrupar los campos semánticos para dar homogeneidad de significado al texto— que se destaca en el argumento es, en esencia, de índole económica, lo que no impide al lector percibir la interacción de diferentes discursos en la instancia narrativa. Efectuada la lectura, notamos cómo la voz proporciona un patrón en las primeras páginas del texto.

A pesar de que, en su sentido literal, el texto remite al evento trágico de la caída de un avión y el ruido del impacto que se escucha en la caja negra, apreciamos cómo su verdadero significado engloba mucho más, puesto que evalúa, a través del recuerdo-memoria, el estado de una nación completamente destruida. Asimismo, aunque el tema de la adquisición exclusiva de bienes materiales gracias al comercio de estupefacientes está siempre presente, en el tejido textual se revela, sobre todo, una metáfora amplia de la ruina moral y física de un país. El contenido narrativo desentraña una experiencia de primera mano: cómo y cuándo comenzaron a lucrarse ciertos sectores con el delito mencionado. De esta manera, el texto acoge cierto carácter fidedigno debido a la verosimilitud que semejan dar las experiencias de los personajes. Además, la historia abre varios campos semánticos a través de una reminiscencia de eventos desalentadores.

Por otra parte, si se repara con atención, la figura del *traqueto*² y su imagen de éxito y bienestar son, en efecto, alertas de la delincuencia que el personaje-narrador rechaza. Nótese que, en voz del narrador, ciertos ideales de movilidad social quedan reservados a un minúsculo grupo más aventajado, cuyos destinos son más propensos a una rápida inclinación por delinquir en procura de bienestar material. Cabe destacar que la Colombia descrita en la ficción de Vásquez, en contraste con ciertos precedentes, no funcionaba en otros tiempos bajo este *modus vivendi*.

La intención del narrador-personaje trasciende el espectro de nostalgia sobre esa *otra* Colombia para halagar, mediante la escritura, una época dorada al tiempo que describe un impacto psicológico generado por el narcoterrorismo que va más allá de las víctimas fallecidas. De hecho, el sujeto-narrador racionaliza la experiencia vivida durante su infancia, y, por tanto, prolonga el estrés postraumático que lo desenfoca y lo aleja de sus afectos más cercanos. He aquí lo que hallamos en uno de los discursos más comprometidos del texto dada la preeminencia que le otorga la voz. Efectivamente, el sujeto se obstina en una averiguación que ocupa gran parte del argumento. No obstante, no logra conciliar la continuidad de su vida y el extensivo trauma que padece la sociedad. Se puede afirmar, incluso, que el estado psicológico se convierte en la pauta de búsqueda como proceso reconstructivo de emociones. Se destaca, de esta forma, la referencialidad de textos de la sicaresca debido al ejercicio de apropiación de la voz. Ciertamente, esta hace acopio de algunas historias con especial crudeza, lo cual ocurre sin obviar la hibridez textual, basada en el afán de la remembranza y en el valor testimonial y literario que le confiere el narrador.

El ruido..., no desmerece lo atroz y no solo por su capital sonoro. El imaginario da cuenta de una actuación abominable que logró capitalizar la política y la economía colombianas. Visto así, se atiende al gran cuadro que proyecta *El ruido...*, en este contexto trágico más allá de detenerse en el juego narrativo de la ilusión de lo real contado a modo de crónica testimonial. En esta historia todo apunta a detallar cómo el protagonista-narrador apuesta a realizar una radiografía meridiana de signos de violencia y miedo como formas de lo cotidiano. A estos asuntos obedece el diseño psíquico de sus personajes en los que se hacen patentes los tópicos de *la metamemoria* y de *la fractura*.

² Se le dice *traqueto* en Colombia al individuo de círculos medios relacionado con el tráfico de drogas tales como marihuana y cocaína. Se aplica, en particular, a quienes ostentan con el dinero que obtienen de la venta de las drogas. Es un adjetivo que no se utiliza para referirse a los grandes capos ni a los que, si bien viven del comercio de estupefacientes, prefieren mantener un bajo perfil. El término surge de la onomatopeya del sonido que produce una ametralladora al disparar: su traqueteo.

Tal apuesta se prefigura desde un análisis en que digresión y evasión narrativas funcionan como pivote central de la trama. La fragmentación memorística y el expediente de experiencias del narrador operan como dobles mecanismos de asociación y relación. El narrador emplea algunas matrices discursivas sobre las que reposan el periplo personal y la encrucijada vital del sujeto. Antonio Yammara es un profesor universitario de Introducción al Derecho a quien se puede ubicar en la clase media colombiana: blanco, culto y de refinados hábitos. Esto lo inferimos por detalles que entrega el autor: formación y ejercicio profesional, *modus vivendi* y residencia. Mas esta ficción en clave narrativa supone la búsqueda individual de un hombre que se mueve en dos planos; el primero es un desplazamiento físico hacia una región rural relativamente, que queda a cerca de 200 km de la capital colombiana (La Dorada, en el departamento de Caldas) y el otro es de orden simbólico, hacia el pasado, para describir su situación personal y la de su país ante la afectación, fractura y pérdida que ha experimentado en su vida íntima.

2. *La metamemoria en El ruido de las cosas al caer*

A raíz de un evento noticioso particular —la reseña periodística sobre el escape de uno de los hipopótamos de la hacienda Nápoles—, se siembra en la mente del personaje-narrador, Antonio Yammara, un enigma que lo obliga a interrogarse acerca de la verdadera identidad de Ricardo Laverde, un viejo conocido de tardes y billar, quien solía acompañarlo, unos quince años antes, por las calles de una Bogotá distinta; la otrora capital colombiana de mediados de los años noventa. Lo expuesto da lugar a preguntarnos, primero, cuál es el propósito de este artificio narrativo mediante el cual el narrador es capaz de interrogarse sobre el misterio que encierra la vida de Laverde. Además, nos lleva a indagar en qué medida los detalles y pormenores resultantes de esa búsqueda personal permiten esbozar la radiografía de una generación y los posibles recuerdos comunes, pues, «para este grupo, la memoria es una representación del pasado construida como conocimiento cultural compartido por generaciones sucesivas y por diversos/as “otros/as”» (Jelin citado por Altez), y en qué modo se dibuja la fractura social vivida en la sociedad representada en la novela producto de la violencia de los carteles, el sicariato y el tráfico de estupefacientes.

En la urgencia de Antonio Yammara por conocer el pasado de un antiguo conocido se revela la consecuencia del trauma que supone la muerte de este frente a sus ojos en manos

de un sicario. Así, recuperarse física y psicológicamente del trágico episodio le toma mucho tiempo, lo que pone en jaque su estabilidad familiar. No obstante, en la propia declaración de Yammara sobre el hecho traumático, se prefigura uno de los tantos acercamientos críticos propuestos como hipótesis de lectura y del cual se desprende una línea inicial que apunta a la rememorización. Esto se debe a la determinación de mostrar cómo el narrador emplea distintos artificios narrativos cuya impronta se elabora desde la atemporalidad. Como por ejemplo el hecho de que ocurran a) la muerte del hipopótamo escapado de la hacienda Nápoles y, b) las noticias desprendidas de este evento sensacionalista. Ambos artificios funcionan como un catalizador que genera una trama sugerente en el avance de una acción detectivesca.

Esta primera *caída* —la del hipopótamo de una tonelada y media de peso— y este primer *ruido* —el estruendo del impacto de la bestia contra el suelo— sirven de pivote para que Antonio rememore el día en que murió Laverde «e incluso a empecinar[se] con la precisión de detalles» y, a partir de entonces, aquel advierte «el poco esfuerzo que [le] costaba evocar esas palabras dichas... esos dolores sufridos ya superados». También le sirve para sorprenderse y comprender «con qué presteza y dedicación nos entregamos al dañino ejercicio de la memoria, que a fin de cuentas nada trae de bueno» (*El ruido...*, 14).

Siguiendo a Joël Candau, en *Memoria e identidad*, afirmamos que producto de la *caída* del hipopótamo, en Antonio se acciona la metamemoria, la cual, por una parte, es una representación que cada individuo hace de su propia memoria y, por la otra, es lo que él dice sobre ella. Esto último se complementa con lo expuesto por García Peñaranda, quien, a propósito de la tesis de Candau, señala que «la memoria permite que el individuo construya su propia identidad». Candau, en su libro antes referido, citando palabras de Anne Muxel, afirma que «la memoria es el operador de la construcción de la identidad del sujeto».

Por tales motivos, pensamos que la evasión y la digresión narrativas manifiestas en esta instancia del relato se elaboran para reconstruir un episodio de la historia personal de Antonio. Además, el narrador, mediante la relación de un conjunto de hechos que semejan ser piezas de una trama desencadenada, agrega una razón significativa a la secuencialidad episódica por las formas de operar de estos hechos en lo sucesivo. Su constitución permite apreciarlos como artificios narrativos operantes en la activación de otras acciones

sucedáneas (la búsqueda del casete con la grabación del vuelo de Elaine Fritts y el traslado de Antonio hasta La Dorada para encontrarse con la hija de Elaine y Ricardo, Maya Fritts, quien lo contacta para conocer más acerca de su misterioso padre). Estos son un conjunto de eslabones de asociación que marchan de manera síncrona con el propósito de otorgarle a Yammara claves que le permitan revelar el enigma que le supone la biografía de Laverde. Ahora bien, mientras se encuentran elementos de comparación y contraste en la enunciación del personaje-narrador, el lector percibe que:

es así que se ha puesto en marcha este relato. Nadie sabe por qué es necesario recordar nada, qué beneficios nos trae o qué posibles castigos, ni de qué manera puede cambiar lo vivido cuando lo recordamos (*El ruido...*, 15).

Esto permite suponer que en la novela de Vásquez sea lícito estudiar la noción de un recuerdo compartido de carácter traumático, trágico o violento sobre el que se interrogan los personajes, pues se puede «compartir con colectivos la información y así retransmitirla en un proceso que a su vez la va transformando y resignificando. De esa manera “funcionarían” las memorias sociales o colectivas» (Altez, 138), que son, a nuestro entender, capaces de activar eventos de naturaleza asociativa en la memoria individual. Incluso, estas memorias colectivas tienen el potencial de operar como dobles mecanismos de asociación y relación para intentar resolver la ecuación planteada en “nadie sabe por qué es necesario recordar nada”. Asimismo, ofrecen la posibilidad de interrogarse por la atractiva y misteriosa vida de Laverde; una intriga nacida al hilo de los encuentros con Yammara.

Como se expuso, la de Laverde es una vida enigmática cuya historia será al mismo tiempo una versión personal e intimista de la génesis del narcotráfico y de los actores involucrados en ello, de tal manera que cada incursión manifiesta desde el primer capítulo, titulado «Una sombra larga», desencadena un conjunto de acciones destinadas a la elaboración de un material narrativo similar a un gran rompecabezas. ¿Cómo lo hace el narrador? Pensamos que esta ideación se logra a través de la historia personal de Antonio, un sujeto que, de niño, también visitó el zoológico que estaba dentro de la hacienda Nápoles, el paraíso mítico —propiedad de quien apodaban el Patrón— y que, además, ha sufrido en carne propia los efectos colaterales de la violencia.

A esta ideación, el narrador añade evocación y recuerdos sobre la frustrada relación amistosa que tranzó en su pasado Yammara con uno de los pilotos del cartel. Sin embargo,

dicho lazo no le despierta mayor interés para ese entonces. De hecho, tampoco motivó en él asociación alguna con este cuerpo delictivo ni tuvo algún significado su cercanía con ciertos eventos sucedidos en torno a asesinatos políticos y violencia social, aun cuando Laverde se lamentaba de la suerte que correrían los animales de la mítica hacienda del célebre capo.

La reconstrucción que hace el narrador de la historia personal de Ricardo Laverde conforma una trama compleja.³ Efectivamente, existen episodios entrelazados que dan coherencia a la secuencia incidental por la manera de funcionar de otros eventos posteriores. El juego narrativo opera como escritura inclusiva que da lugar a un ejercicio de recordación. Tal hito del relato permite al narrador-protagonista organizar discursivamente los sentimientos que experimentó durante una época de terror. Asimismo, el rastreo del casete con la grabación del vuelo 757 de American Airlines en que murió Elaine Fritts (*El ruido...*, 40) y el lazo de Laverde con su hija Maya se muestran como piezas del engranaje narrativo por su contacto cercano y valor asociativo. En tal sentido, al compartir emociones de épocas pasadas, ambos se fusionan en uno solo por una clara empatía. En calidad de hija de Laverde, Maya se convierte en la informante de Yammara. Los datos filtrados se revelan como claves para que el atento narrador-personaje logre descifrar el enigma que significa la historia personal del difunto. En un manido deseo de reelaborar la historia sin menoscabar la dimensión literaria, el cúmulo de información lleva a Antonio a recordar su infancia y a profundizar en una reflexión a partir de ciertas imágenes excéntricas aún presentes en su memoria. De esta forma, trae al presente evocaciones que dan cuenta de su fascinación por el lugar mítico:

El zoológico era un lugar de leyenda que, bajo el aspecto de la mera excentricidad de un narco millonario, prometía a los visitantes un espectáculo que no pertenecía a esas latitudes. Yo lo había visitado a los 12 años, durante las vacaciones de diciembre; lo había visitado por supuesto, a escondidas de mis padres: la sola idea de que su hijo pusiera un pie en la propiedad de un reconocido mafioso les hubiera parecido escandalosa, ya no digamos la perspectiva de divertirse haciéndolo (*El ruido...*, 20).

La narración abarca, además, la frustrada correspondencia que Antonio Yammara tuvo con uno de los pilotos del cartel de Medellín que, de hecho, jamás asoció con el

³ La reseña de la prensa sobre el escape del hipopótamo, su captura y muerte, la aparición del fantasma de Laverde al pie de una cama, el tiempo compartido en el billar y la participación de Laverde en la exportación de drogas hacia EE. UU. (*El ruido...*, 14).

cuerpo delictivo. He aquí un guiño tenue al lector agudo que va observando el enlace constante de episodios. Más adelante, en su aspiración por dilucidar la vida de aquel hombre que conoció en el billar, ya se ha mencionado, el profesor Yammara hace un viaje a La Dorada y, al mismo tiempo, se retrotrae al pasado como en exploración de su identidad. Esta es «la ciudad que marca la mitad del camino entre Bogotá y Medellín» (*El ruido...*, 100) y el lugar donde vive la apicultora Maya Fritts, la hija de Ricardo Laverde (*El ruido...*, 140). Esta serie de hechos forma una ordenación no cronológica del narrador —y, por tanto, manipulada— que se traza como meta la indagación sobre la verdadera identidad de Ricardo Laverde, a quien desconoce el personaje Yammara, y cuya historia intriga incluso al lector. Tal es la obsesión del personaje Yammara, que este se propone transformarse en Laverde, con el fin de conocer sus secretos y la totalidad de su vida.

De esta suerte, Antonio y Ricardo se fusionan luego del atentado que mata al exnarco (en este punto ya sabemos que Laverde prestaba sus oficios de piloto al cartel). En otras palabras, la vida que se deslizaba entre miedo y olvido formaba parte de la cotidianidad, pero en el presente de la novela es apenas un tema de discusión y objeto de remembranza sin que el temor haya desaparecido por completo. Cabe destacar que el narrador hace énfasis en el carácter violento de la capital colombiana en modo sutil: «Antonio, Bogotá no es una ciudad en guerra. No es que haya balas flotando por ahí, no es que lo mismo nos vaya a pasar a todos» (*El ruido...*, 61). Ahora bien, en esos años, las balas sí llegan hasta Ricardo y Antonio cuando los sicarios, sin ningún atisbo de redención, hacen su aparición en las ciudades. En efecto, caminar por espacios públicos se convirtió en desafío de todos los sentidos. Es así como tiene lugar la formación de la nueva semblanza de sus coetáneos aterrorizados ante el mandato de hacer desaparecer a todo aquel que se consideraba enemigo patente o potencial.

El atentado que pone fin a la vida de Laverde es un evento crucial que le permite al protagonista pasar de su mera postura de observador curioso al de una irremediable víctima. Las consecuencias del atentado que mató a Ricardo Laverde y que dejó a Antonio herido y traumatizado parecen manifestarse progresivamente en el cuerpo de este último. Las secuelas aparecen primero en el pie izquierdo para luego introducirse en sus emociones, que se expresan en forma de llanto inesperado. Finalmente, habitan su psique. De hecho, por prescripción médica, Antonio comienza a interrogar el pasado a manera de catarsis sanadora, lo cual se transforma en la condición *sine qua non* para poder continuar con su

vida. Al marcar un especial énfasis en la manera en que el narrador organiza el material narrativo, llamamos la atención sobre la secuencialidad episódica. Así, esta permite dibujar una arqueología textual congruente con artificios narrativos en el desenvolvimiento de una aparente acción detectivesca. Los datos y elementos probatorios desprenden sus primeras migas cuando tiene lugar un segundo *ruido* y una segunda *caída*, momento en el cual Yammara oye la grabación del vuelo de Elaine Fritts, gracias a un viejo casete escuchado años atrás por Antonio.

3. *Al cierre: la experiencia traumática*

Insistiendo en el tema del miedo, se puede pensar que esta isotopía logra hilvanarse en *El ruido...*, una vez que Antonio Yammara establece una relación de proximidad física y psíquica con Maya Fritts. El viaje que emprende el personaje hacia La Dorada para visitar a la única hija de los Laverde-Fritts se adapta de la mejor manera a la trama novelística, puesto que este traslado se incorpora a la unidad de acción para dar lugar al desenlace del *leitmotiv* originado semanas antes en Bogotá: la interrogante sobre la biografía y la verdadera identidad de Ricardo Laverde. De esa proximidad física y psíquica surge una relación amorosa entre Maya y Antonio en la que la complicidad, la reconstrucción de una infancia compartida y el enigma familiar se convierten en piezas clave para restaurar una memoria fragmentada. Estos dialogan en torno a «los documentos de la caja de mimbre, de cada carta y cada foto, de cada telegrama y cada factura» (*El ruido...*, 214). Es allí, entonces, entre anécdotas sobre unos apiarios, que Maya le cuenta a Antonio las cosas que recuerda de aquel fatídico diciembre de 1995. Yammara la sigue atento, más interesado en ejercer de biógrafo que en detallar o comprender los momentos iniciales y la génesis de una versión de la historia del narcotráfico. Ahora bien, la comprensión por el dolor y el miedo que la violencia ha generado en la sociedad están patentes en la voz del narrador, justamente, cuando este expresa que

Colombia produce escapados, eso es verdad... cuántos como Maya o como yo tuvieron una niñez pacífica o protegida o por los menos imperturbable, cuántos atravesaron la adolescencia y se hicieron temerosamente adultos mientras a su alrededor la ciudad se hundía en el miedo y en el ruido de los tiros y las bombas sin que nadie hubiera declarado ninguna guerra, o por lo menos no una guerra convencional, si es que semejante cosa existe (*El ruido...*, 254).

Curiosamente, Alejandro Tarre considera que «La descripción de cómo afecta el narcotráfico al matrimonio Laverde ilustra esta relativa falta de curiosidad (de Yammara por el principio del narcotráfico de los carteles). Vásquez podía haber aprovechado este giro de la narrativa para sumirse en aguas profundas; para explotar un terreno muy fértil para cualquier novelista». Sin embargo, aun cuando esta afirmación de Tarre pueda ser acertada, también es posible pensar en el porqué de esta omisión del autor, dado que la alegoría al narcotráfico elaborada a partir del eje central de la historia de los Laverde-Fritts permite realizar una lectura que, guardando fidelidad a su técnica narrativa, esboce otra forma de idear y narrar el fenómeno del narcotráfico. Esto sucede al comprender una versión de su génesis desde una perspectiva que recoge el idealismo de Elaine Fritts y la ambición de Ricardo Laverde. Estos dos personajes podrían representar, por una parte, la visión idealizada de la no intervención extranjera en los asuntos nacionales colombianos mediante la participación de grupos de paz y, por la otra, la historia personal expresada en trazados y sucesiones de una generación que se formó a la luz de hechos violentos que hirieron de muerte a la sociedad colombiana.

En este intercambio conversacional, lejos de Bogotá, Maya le confiesa a Antonio que ha recibido de manos de Consu el casete que contiene la grabación de la caída del avión en que, en efecto, falleció su madre (*El ruido...*, 105). En este compartir, Antonio va descubriendo, a través de cartas y documentos, así como a través de la propia Maya, toda la historia de amor entre Laverde, quien proviene de una familia cuyo abuelo había sido un piloto héroe de guerra y Elaine, la estadounidense que, a través de su trabajo, había descubierto el país, su gente, y se había enamorado de la cultura colombiana. Este es un vínculo clave para la comprensión del relato, ya que cobra valor gracias a la información y a los testimonios entre dos seres que refuerzan el anclaje en la realidad inmediata. Vale decir que son dos individuos que «no eran tan extraños, después de todo los unía un muerto» (*El ruido...*, 123) y que se habían reunido para abonar argumentos que los ayudarían a dilucidar el gran misterio.

La quinta parte, “*What’s there to live for?*”, es la pregunta que responderá la reconstrucción del pasado de Ricardo Laverde y de Elaine Fritts, a través de un tiempo pretérito roto, durante el cual los recuerdos vuelan en fragmentos por el choque de los cuerpos contra el suelo. Tomemos en cuenta, por ejemplo, la captura de Ricardo Laverde por parte de las autoridades y su posterior reclusión, el atentado que puso fin a su vida y el accidente aéreo que acabó con la vida de Elaine, su esposa. En otras palabras, el evento de perder el control de sus vidas significa precipitarse a tierra, caer por su peso, y así la gravedad dialoga con la condición humana. La presencia del ruido adopta, de esta manera,

la forma y la función de sombra-testigo del cuerpo que sufre un impacto. Yammara asume el peso de su trágica experiencia sin dejar de escuchar el fragor de las balas que lo hirieron y aún lo atormentan. Dicha sonoridad abarca otros elementos como voces que también lo acosan cada vez que escucha la grabación del casete, debido a que en esta:

Hay un grito entrecortado, o algo que se parece a un grito. Hay un ruido que no es humano o es más que humano, el ruido de las vidas que se extinguen, pero también el ruido de los materiales que se rompen. Es el ruido de las cosas al caer desde la altura, un ruido interrumpido y por lo mismo eterno, un ruido que no termina nunca, que sigue sonando en mi cabeza (*El ruido...*, 83).

El ruido anuncia la tragedia y se convierte en la manifestación de la contingencia que interrumpe la continuidad de la vida. Es un capital sonoro cargado de lo abrupto y de la ruptura que describe avatares de la vida con su correspondiente ausencia de linealidad, es un ruido como un grito de gravedad que llama a los cuerpos a tierra, pero también es el ruido de las circunstancias que ya no dejarán que el cuerpo se levante. La silueta de Ricardo Laverde, que yace en el frío pavimento bogotano, intenta esconder en el texto, ilusamente, las causas de su muerte, que, en *El ruido de las cosas al caer*, se revelan como el centro de una historia cargada de misterio, violencia y drama humano, pero, sobre todo, ofrece un relato que elabora una remembranza con el fin de ponderar el surgimiento del narcotráfico en Colombia, no sin echar mano de un juego de correspondencias entre la ficción y los eventos palpables de la historia reciente de ese país.

© Adelso L. Yáñez Leal y Luis Mora-Ballesteros

Bibliografía

- Adriaensen, Brigitte. «Las modalidades del cinismo en *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo». *Guaragua* Vol. 15, No. 37 (2011): 46-60. JSTOR Digital Library. Web. 14 feb. 2021.
- Altez, Yara. «Algunas reflexiones sobre el concepto “memoria colectiva”». *Revista Memória em Rede* V. 11, N. 21 (2019): 132-146. Periodicos. Ufpel. Web. 18 mar. 2021. Archivo PDF.
- Barrios Rodríguez, David. «Trayectorias contemporáneas del miedo en América Latina». *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* n° 34 (2017): Open Edition Journals. Web. 5 feb. 2021.
- Bialowas Pobutsky, Aldona. «Narcocaudillos and Pablo Escobar in José Libardo Porras’s “Happy Birthday, Capo”». *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* Vol. 38, No. 1 (2013): 167-192. JSTOR Digital Library. Web. 11 feb. 2021.
- Bird, Rosa Julia. «*Rosario Tijeras* by Jorge Franco Ramos». *World Literature Today* Vol. 75, No. 3/4 (2001): 219. JSTOR Digital Library. Web. 11 feb. 2021.
- Bouvet, Françoise. «La novela sicarésca colombiana o la crónica de una muerte ordinaria». *Amerika* No. 12 (2015). Open Edition Journals. Web. 2 feb. 2021.
- . «Leopardo al sol: la monstruosidad desvelada de la Colombia del narcotráfico». *Amerika* No. 11 (2014). Open Edition Journals. Web. 5 feb. 2021.
- Candau, Joël. *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Del Sol, 2008. Impreso.
- Franco, Jorge. *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori, 2000. Impreso.
- Garavito, Lucía. «Figuras femeninas en “La Virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo y “Rosario Tijeras” de Jorge Franco Ramos». *INTI, Revista de Literatura Hispánica* (2006): 39-62. JSTOR Digital Library. Web. 1 feb. 2021.
- García Peñaranda, Cristopher. «La gestión social del recuerdo y el olvido: reflexiones sobre la transmisión de la memoria». *Aposta, Revista de Ciencias Sociales* No. 49 (2011): 1-16. Web. 8 mar. 2021. Archivo PDF.
- Restrepo, Laura. *Leopardo al sol*. Bogotá: Alfaguara, 2004. Impreso.
- Tarre, Alejandro. «Sobre *El ruido de las cosas al caer*». Prodavinci (2011). Web. 28 dic. 2020.
- Vallejo Fernando. *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Punto de Lectura, 2015. Impreso.
- Vásquez, Juan. *El ruido de las cosas al caer*. Bogotá: Alfaguara, 2011. Impreso.